

Reflexiones sobre el evangelio de Juan 2, 13-22 (Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán - Ciclo A)



Hace unos años, en un encuentro de formación de colaboradores de las Obras de la Compañía de Jesús, le escuché a mi buen amigo José Arregi esta expresión: “Jesús fue un hombre apasionado. Su pasión se traduce, la mayoría de las veces, en compasión; pero, otras veces, en indignación expresada a través de **gestos proféticos**”. La expulsión de los

mercaderes del templo que narra San Juan es un gesto profético, es decir, que detrás de esta “puesta en escena” de Jesús hay una interpelación a los destinatarios del gesto para que cambien su modo de proceder.

Jesús desde niño aprendió que el templo era para los judíos el lugar más señalado para el encuentro con Dios, de hecho, hacia el siglo VIII a. C., el Rey Ezequías había decretado que solo en el Templo de Jerusalén se podía celebrar el culto del sacrificio agradable a Yahvé. Para los demás encuentros de la asamblea se dispondría de las sinagogas existentes en los diferentes pueblos como la de Cafarnaúm a la que acudía con cierta frecuencia Jesús de Nazaret. ¿Qué es lo que ve Jesús en el templo que le genera una reacción tan violenta? A simple vista podríamos decir que es el desorden y los negocios que se han instalado alrededor del templo, sin embargo, yendo al fondo del gesto de Jesús, su indignación no es por el edificio aunque éste fuese una gran obra de arquitectura e ingeniería. Lo que lo indigna es que, como lo dirá al final, el templo que se está profanando es la vida humana. Jesús y nosotros, por el don de su amor, somos los templos donde habita Dios.

El mundo una gran casa de Dios. En el siglo XXI, sabiendo que para Jesús los templos, más allá de los edificios, somos los hombres y las mujeres, ¿cómo reaccionaría al presenciar la forma como estamos convirtiendo su templo en una cueva de ladrones?

Sin duda alguna se indignaría al ver cómo los desequilibrios sociales y económicos causados por “una economía que mata” y un sistema social que excluye a los que no resultan útiles, están llevando a cientos de hombres y mujeres a vivir en unas condiciones tan precarias que no corresponden a su dignidad de personas. Es increíble que, en medio de una crisis económica tan prolongada, con recortes tan dolorosos para la mayoría de los habitantes de los países más afectados, sigamos asistiendo al anuncio

de la aparición de nuevos “mil millones” que poseen, en algunas partes, hasta el 85% de los bienes de capital y de servicio. ¡Esto es indignante!

Sin duda se indignaría al ver cómo se miente sin escrúpulos y cómo, con la mayor desfachatez, unos cuantos se aprovechan de la responsabilidad que le han otorgado los ciudadanos para robar y utilizar sus cargos en beneficio propio. Es doloroso ver cómo España, en los índices de Transparencia Internacional que mide la percepción de corrupción, ha bajado del puesto 23 en 2006 al 40 en 2013. A Jesús esto le indignaría pero también el silencio cómplice de quienes no denunciamos.

Sin duda se indignaría al ver cómo las guerras, la violencia, los nuevos racismos, la xenofobia, la homofobia, las políticas que hacen del aborto una causa noble, están generando una cultura de falta de respeto por la vida humana. Cuando se endiosa el dinero, el poder, el consumo o el confort se achican los espacios para el desarrollo de una vida digna para todos los pobladores de la tierra, para todos los que somos llamados, por bondad de Dios, a ser sus templos.

Estas tres situaciones son solo un pequeño acercamiento a los actuales vendedores de palomas y cambistas que están haciendo del templo de Dios una cueva de ladrones. Algunos de nosotros podemos hacer parte de ellos... es la hora, es el momento oportuno de recapacitar y de abrir espacios para cambiar. Muchos de nosotros no somos parte de ellos... es la hora de reaccionar y, como Jesús, con gestos proféticos, pacíficos, humildes pero valientes, levantemos nuestra voz para denunciar todo aquello que destruye y daña los templos vivos de Dios: los hombres.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona